

Alfredo Bryce Echenique y Madrid

En una de las escasas entrevistas concedidas a la prensa por Alfredo Bryce Echenique, profesor de literatura en varias universidades francesas, autor de numerosas novelas y colecciones de cuentos, escritos a partir de los años setenta¹, el novelista peruano afirma:

«... Se me ha dicho mucho en unas críticas que mi literatura no era peruana ya puesto que el espacio regional no existía, la región latinoamericana no estaba en ella. Sin darse cuenta de eso mismo se le había dicho a Henry James que había sido el menos norteamericano de los escritores. Pero al final se ha visto que es el más norteamericano de todos, porque justamente supo quintaesenciar al norteamericano al ponerlo en relación con otras culturas...».

«Esa ha sido la última búsqueda que he emprendido, la de buscar la quintaesencia de lo peruano a través de los enfrentamientos culturales...»².

Ateniéndome al marco temático trazado para estas *Jornadas*, me propongo hablar de la relación o entrecruce entre culturas y, en especial, entre la cultura española y la peruana o —si prefieren— de falta de relación o un «diálogo de sordos» entre culturas.

Quisiera empezar con un breve pasaje de una de las novelas cortas de Bryce Echenique titulada *Muerte de Sevilla en Madrid*³, que ha sido la inspiración de esta ponencia y que sea, tal vez, el fragmento más representativo para el problema en cuestión:

1. *Huerto cerrado* (1968); *Un mundo para Julius* (1970); *Todos los cuentos* (1979); *La vida exagerada de Martín Romaña* (1981); *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (1985); *La última mudanza de Felipe Carillo* (1988)...

2. «Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 417, marzo 1985, p. 69.

3. «Muerte de Sevilla en Madrid», en *Todos los cuentos*, Lima, 1979, pp. 263-305.

«Tres semanas más tarde, un avión de la flamante Compañía abandonaba la primavera limeña rumbo a España, mientras que otro avión abandonaba el otoño madrileño rumbo al Perú. En el primero viajaba definitivamente acabado, el conde de la Avenida; en el segundo traían el cadáver de Sevilla. *Casi podría decirse que se cruzaron*. Y que Lima ha olvidado por completo al Águila Imperial, y que lo de suicidio de Sevilla, si bien dio lugar a conjeturas e investigaciones, fue también rápidamente olvidado por todos»⁴.

En este momento parece necesario precisar quiénes son el Águila Imperial y Sevilla, personajes claves de este cuento de aparente simplicidad anecdótica y que en realidad tiene una segunda lectura, muy compleja y profunda.

Una multinacional de aviación quiso instalarse en Lima como una compañía española. Lo hicieron a lo norteamericano, pero con toques hispanizantes («una mezcla de Jacqueline Kennedy con el Cordobés», al decir del autor) nombrando como gerente a un conde español: un noble arruinado, solterón de cuarenta y siete años, de nariz aguileña y cara angosta. La sociedad limeña lo acogió muy bien y en poco tiempo el conde de la Avenida (este era su nombre) obtuvo el apodo de Águila Imperial.

Para una mayor publicidad de la compañía, con ocasión del vuelo inaugural, se organizó un sorteo que tanto complicaría la triste, a la par que tranquila, vida de Sevilla. Sevilla, un huérfano limeño, vivía con dos tías que habían logrado matricularlo en uno de los mejores colegios de la ciudad, con la esperanza de que una buena educación le permitiese triunfar en la vida. Pero las esperanzas pronto se desvanecieron, ya que una de las tías murió y la modesta pensión de la otra apenas llegaba para costear los gastos de la educación. El muchacho, callado, feo y solitario —ya que tenía un amigo único, Salvador Escalante, un ídolo del fútbol escolar—, vivía en un mundo creado por su propia imaginación, un mundo que no abandonó ni cuando llegó a ocupar un humilde puesto de funcionario; aún entonces el recuerdo de su amigo Escalante le daba ánimos y coraje que le ayudaban a enfrentarse a la vida real.

Dio la casualidad que Sevilla ganó el ya mencionado sorteo de la multinacional, dirigido a todo peruano que tuviese por apellido el nombre de la ciudad española. El premio era un viaje a Madrid, ida y vuelta, con todos los gastos pagados.

El conde de la Avenida, mientras tanto, seguía su vida de señorito «volando alto, con elegancia, como una águila imperial». El encuentro entre el conde de la Avenida y Sevilla, celebrado el día de la entrega del premio, resultó un desastre.

4. *Idem*.

La misma presencia de Sevilla, un hombre desgraciado e increíblemente feo, despojó al conde de todas sus energías, hizo derrumbar toda su escala de valores y su fe en el futuro, envejeciéndolo dolorosamente. La cotidiana y vulgar fealdad y deformidad de Sevilla destrozó su visión del mundo, cuya base la constituían el lujo y la belleza.

En Madrid, Sevilla conoció a otros ganadores de sorteos parecidos: un venezolano, un ecuatoriano, un norteamericano y un japonés llamado Achikawa, que no paraba de reír a carcajadas y de hacer fotografías a todos y a todo.

El hotel madrileño, las diferencias lingüísticas, el comportamiento de los latinoamericanos y de Mr Alford, así como la manera de ser del guía español, produjeron en Sevilla un estado de profunda angustia y... unos horribles dolores estomacales. La perspectiva de tres días de «itinerarios madrileños» —como los llamaba el artificialmente risueño guía— le llenaban de pánico al peruano. El «itinerario artístico» consistente en una visita al Palacio Real y al Museo del Prado, no provocó entusiasmo alguno en los demás latinoamericanos, a la vez que Mr Alford ya empezaba a odiar abiertamente al japonés y manifestar su desinterés a todo aquello que ocurría al sur del Río Grande, siendo su único deseo el de tomarse una cerveza. A Sevilla la conducta de los demás participantes le parecía deplorable. La visita al Palacio Real transcurrió apaciblemente: la magnificencia de las pinturas, los tapices y las cerámicas ejercieron una influencia beneficiosa sobre el malestar estomacal de Sevilla y nuestro protagonista «se había mantenido pegadito al guía para no perder un solo detalle de la cultura de ese señor».

En cambio el almuerzo le produjo agudos dolores estomacales y la visita al Museo del Prado fue ya una pesadilla. El guía les dio instrucciones estrictas para ver las salas de los pintores españoles más famosos, pero el venezolano y el ecuatoriano se escaparon en busca de los cuadros de Rubens, «por lo de las mujeres desnudas», el norteamericano, en busca de una caña, y sólo Sevilla cumplió religiosamente las instrucciones, mas su contemplación de la obra inmortal de El Greco, Velázquez y Murillo fue continuamente interrumpida por la necesidad de buscar los lavabos. El malestar se le iba haciendo insoportable. En vista de la olímpica indiferencia por parte del guía ante su dolencia, Sevilla se armó de valor y explicó en que consistía su tormento.

Al día siguiente, Sevilla estaba peor aún y la visita panorámica a la ciudad tuvo docenas de paradas imprevistas, puesto que Sevilla tenía que ir al baño, Mr Alford tenía sed y Achikawa no podía resistir la tentación de seguir tomando fotos. El día libre Sevilla lo pasó a base de té y sin salir de su habitación del hotel. El recorrido por «Madrid de noche» hizo que su estado empeorara considerablemente. Ofrecerle más té y unas pastillas fue la única respuesta a sus tímidas quejas.

Nadie le hacía caso, nadie reparaba en aquel muchacho feo y demacrado, nadie lo consideraba miembro del grupo, por lo que su estancia en España se había convertido en una verdadera pesadilla. Su único deseo era regresar al hotel, sentarse en el sillón al pie de la ventana y contemplar la ciudad: para él, Madrid era la ciudad del hotel y de la ventana.

Ya ni se preguntaba cómo hubieran podido producirse los múltiples malentendidos y todas aquellas cosas raras que le habían sucedido en España. Una fatiga sobrehumana se había apoderado de él y lo demás fue cuestión de segundos. ¿Un accidente o un suicidio? No se sabrá con seguridad, ya que la única pista fue un papelito en el que el japonés pedía disculpas por su conducta que tantas molestias le había causado.

Madrid le sirve a Bryce Echenique de pretexto para mostrar al lector hasta qué punto uno puede sentirse forastero en una ciudad extranjera, cómo ni el sentido del humor, ni la cortesía y amabilidad ayudan a entender un mundo nuevo, extraño y diferente aun desde el punto de vista lingüístico (*¿qué diablos es el pomo?* —se pregunta continuamente Sevilla tras haber visto el letrero de: CIERRE LA PUERTA AL SALIR PULSANDO EL BOTÓN DEL POMO).

Sevilla simplemente no entiende ya que su ingenuidad, la falta de capacidad de asociación, su provincialismo, no lo preparan para lo que le va a suceder.

Se ha dicho que Alfredo Bryce Echenique tiene la idea de explorar a los personajes peruanos un poco a lo Henry James, en un estilo muy propio, algo irónico, algo tierno, dando constantes vueltas en torno a un mismo problema y viéndolo de diferentes maneras, desde distintos puntos de vista para seguir interpretando la realidad circundante.

También en esta novela Alfredo Bryce Echenique permanece en su convicción de que sus compatriotas son maravillosos narradores orales, que son seres que «reemplazan la realidad» por una realidad verbal que transcurre después de los hechos. El autor quiere llevar a su literatura esa «oralidad», esa capacidad de arreglar la realidad para finalmente burlarse de ella, de recuperarla, de ser un observador que se observa a sí mismo y hacerlo con gran sentido del humor. El autor está convencido de que en el Perú el humor y la ironía son cualidades indispensables para soportar una realidad insoportable. El elemento humorístico, muchas veces irónico hasta lo grotesco, es necesario en una literatura que siempre ha sido grave, triste y amargada. El humor es —según Alfredo Bryce Echenique— la manera de ver el lado cómicamente serio de la realidad a la par que un arma increíblemente sutil de observación, de penetración en la realidad⁵.

Igualmente aparecen en su obra intentos de desmitificar los viejos mitos que

5. Entrevista a Alfredo Bryce Echenique, *op. cit.*

rigen la vida de los latinoamericanos en Europa, y de ver con cierto distanciamiento irónico el entrecruce de culturas que nunca se cruzan, de ver la marginalidad de las tentativas de colocarse dentro de las culturas de viejo continente.

En este lugar no puedo no sacar a colación al autor polaco Witold Gombrowicz quien en sus novelas ridiculiza a los compatriotas con todos sus vicios, prejuicios y complejos. Son unas paralelas que se ven con especial claridad en su novela *Transatlántico*, donde Gombrowicz sitúa a sus personajes en el contexto rioplatense.

La comparación de la teoría con la práctica de Gombrowicz nos ofrece un marco teórico de lectura de sus obras en lo referente a la distancia irónica, desmitificación, lo paradójico, el humor, así como lo paragrotesco —tan importante en Gombrowicz—, sino que más sutil y menos vulgar en el caso de Alfredo Bryce Echenique.

Dicha comparación nos va a servir de punto de partida para penetrar un poco en la visión eminentemente irónica de este segundo, en lo que atañe a la cultura, tanto la ajena como también la suya propia.

Desde este punto de vista, la estancia de Sevilla en Madrid puede interpretarse como un elemento más del énfasis puesto sobre el distanciamiento que separa el mundo viejo del nuevo.

La lectura de Gombrowicz nos proporciona claves para descifrar a Alfredo Bryce Echenique. En *Ferdydurke* (1937), Gombrowicz desmitifica ciertos modelos culturales y sociales mientras que en *Transatlántico* (1953), expresa su actitud hacia la tradición cultural polaca. Al modo de ver de Gombrowicz, el hombre nunca es él mismo, puesto que —bajo la mirada de los demás— se somete (como lo hace el protagonista de *Ferdydurke*) a esquemas intelectuales, sociales y culturales que se producen entre los seres humanos. La libertad del ser humano aparece como una capacidad para destruir las formas y modelos establecidos por medio de la risa, la ironía y el humor.

En el cuento de Alfredo Bryce Echenique, el protagonista, Sevilla, siente esta mirada de los demás; su malestar puede interpretarse desde el ángulo de su complejo de provinciano, pero, no obstante, logra escaparse de los esquemas impuestos mediante su continuo «fantasmear». Hay una escena cuando, molesto por el japonés —«un otro» aún más ajeno a la cultura española que él mismo—, Sevilla imagina una situación que podríamos definir como el revés de la misma, es decir, cuando la víctima, molesta y ridiculizada, lo es el japonés. «... Vaya con el japonés para chato y chueco. Tiene las rodillas a la altura de los tobillos, el torso es desproporcionadamente grande y ni hablar de la cabezota cuadrada que lo corona todo. De la cintura para arriba parece enorme y, sin embargo, el resultado es chiquitito»⁶.

6. Muerte de Sevilla en Madrid, p. 290.

Aquello que en Gombrowicz aparece como una crítica del nacionalismo es, en realidad, una crítica del provincialismo. En *Transatlántico* toma por lema principal la idea de «superar la polonidad»: «lo más importante es que conquistemos la libertad en lo referente a la forma polaca...». «... Se trata, por consiguiente, de una revisión bastante profunda de nuestra relación con la Nación...» (...). «Sugeriré lo mismo a personas pertenecientes a otras naciones, ya que el problema se refiere no tanto a la relación entre polaco y Polonia, sino a aquella que existe entre un individuo y la nación a la que pertenece. Revisión, en fin, estrechamente ligada a toda la problemática moderna, ya que pretendo (como he pretendido siempre) reforzar y enriquecer la vida del individuo, haciéndola más resistente al abrumador predominio de la masa»⁷.

El problema que atraviesa la novela corta de Alfredo Bryce Echenique es la imposibilidad de entender la cultura del otro. Aunque de una manera distinta, también Gombrowicz trata este tema de falta de adaptación a la cultura ajena en su *Diario*: «... todos son como nosotros los polacos: demuestran la insuficiencia del hombre civilizado frente a la cultura que lo supera...»⁸.

Esta ligado a lo anterior la cuestión de «lo secundario» de un escritor polaco como representante de una cultura condenada a ocupar la segunda fila. (Lo mismo que podemos observar en el caso de Sevilla y los complejos que lo abruma durante su estancia en la capital española.) Gombrowicz lo discute en su diario evocando la situación de Polonia de la pre-guerra, económica y militarmente débil, pero —como dice— «crónicamente enferma de anacronismo». Un país tan provinciano que, desesperado por su provincialismo, sueña con igualarse con París o Londres.

A diferencia de Alfredo Bryce Echenique, quien no ve ninguna solución al mito de lo extraordinario que son los «verdaderos» centros culturales, Gombrowicz sugiere con toda claridad que sí que hay una salida al problema: no hay que ser presumido enfrentando el viejo continente, sino que hay que autodeterminarse sobre otras bases; tratar de sacar ventajas a lo secundario y construir una autenticidad nueva.

En este aspecto, Alfredo Bryce Echenique toma una actitud más pesimista, ya que el intento de acercamiento cultural termina en un fracaso: los dos protagonistas de *Muerte de Sevilla en Madrid*, el conde español y el peruano, mueren. Parece como si el único encuentro entre ambos protagonistas, celebrado cuando el conde le entrega el premio a Sevilla, provocase una destrucción mutua.

7. Prólogo a *Transatlántico*, Barcelona, Barral Editores, 1970, p. 8.

8. *Dziennik* (1953-1956), vol. 1, París, 1963, p. 105.

No obstante, en el cuento de Alfredo Bryce Echenique —a pesar del ambiente de total incompreensión y malentendido— aparecen personajes que dado su egoísmo y cinismo son «universales». Este es el caso del antiguo compañero del colegio de Sevilla, Cucho Santiesteban, y su homólogo español, «un Cucho Santiesteban español», como lo llama Sevilla. El Cucho limeño era un *Public Relations* que tenía como obligación «embellecer el asunto como fuera» (...), con sonrisas, «muchas sonrisas, cada flash suyo anulaba la realidad»⁹, por lo cual iba por la vida sonriendo ininterrumpidamente. (SIN CESAR) Sin embargo, lo único que le importaba era promover su carrera, ya que, en el fondo, era un cínico arrogante y maleducado.

Es significativo que Cucho Santiesteban tiene su contrapartida en la persona del jefe del grupo de ganadores en el sorteo. También éste concede muchas sonrisas, pero en el fondo está furioso debido a que se siente degradado por tener que desempeñar el papel de un guía de turismo. Bajo su aparente amabilidad subyace una tremenda falta de sensibilidad, porque —como observa ingenuamente Sevilla—: «me había pisado y no había pedido disculpas».

Puede que el personaje del japonés fuese más cercano a la visión de Gombrowicz concerniente a la falta de comprensión entre culturas. Podríamos decir que lo único que él entiende es que no entiende nada. Dentro del grupo de visitantes, Achikawa es el que provoca reacciones de rechazo motivadas por sentimientos raciales: Mr Alford, «llevado por su pearlharboriano odio» le insulta constantemente. Sevilla, recordando las películas de guerra que había visto, sabe que los japoneses eran malos y traidores: «... Achikawa era el que más daño podía causarle con sus súbitos e inmotivados ataques de risa, entre flash y carcajadas prácticamente lo embestía». Es el culpable de las incómodas situaciones que se producen, así como del malentendido final. Su nota dirigida a Sevilla que reza: «Le ruego, por favor, disculpe mi conducta. Me siento sumamente nervioso. A veces siento que no puedo más», es malinterpretada por la policía y sus protestas resultan sumamente inútiles.

El pesimismo de Alfredo Bryce Echenique con respecto al problema de la imposibilidad de entender la cultura del otro, es mucho más que un simple malentendido causado por la nota del japonés encontrada en el misal del muerto, sino que cobra dimensiones trágicas.

Tanto en su obra como en las entrevistas, Alfredo Bryce Echenique se sirve con bastante frecuencia de Europa, muy a menudo de París y a veces de Madrid, en tanto que una metáfora para culturas que no se han encontrado, no se

9. *Idem.*

encuentran y que tardarán en encontrarse. En los años que ha vivido en Francia y en otros países europeos ha aprendido hasta qué punto es peruano y nada más que esto. La visión que tiene del posible acercamiento entre culturas es muy sombría y, como el mismo afirma: «... estamos lejísimos en la época en que más cerca estamos con los aviones, sin embargo, es totalmente imposible dialogar con otra persona de otro país, etc., y ser peruano...»¹⁰.

GRAZYNA GRUDZYNSKA
Universidad de Varsovia

10. *Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas, op. cit.*